

First Submitted: 5 July 2022

DOI: <https://doi.org/10.33182/y.v3i1.2601>

## La izquierda autónoma, nueva, independiente y popular, post 2001 en Argentina. Un balance.

Lisandro Silva Mariños<sup>1</sup>

### Resumen

*El siguiente trabajo se inscribe en el género de la reflexión política al interior de los movimientos populares. El objetivo del mismo es presentar un itinerario de debates, polémicas y devenires de las organizaciones pretendieron construir una nueva izquierda en Argentina tras la rebelión popular del 2001. Presentamos siete hipótesis que a nuestro parecer conformar una bitácora de los principales ejes que atravesaron a un espacio político en formación, tales como: el ethos militante construido, el tipo de organización a proyectar, el vínculo con la izquierda tradicional, la incursión en el terreno electoral, la relación con el kirchnerismo y el enfrentamiento con el macrismo. A través de este mapa reflexionamos sobre la actualidad de un proyecto de nueva izquierda que se encuentra en crisis.*

**Palabras clave:** *izquierda argentina; Estado; movimientos sociales; partidos políticos; Argentina 2001*

**The autonomous, new, independent and popular left, post 2001 in Argentina. A balance.**

### Abstract

*The following work is part of the genre of political reflection within popular movements. Its objective is to present an itinerary of debates, controversies and developments of the organizations that tried to build a new left in Argentina after the popular rebellion of 2001. We present seven hypotheses that, in our opinion, make up a log of the main axes that crossed a political space in formation, such as: militant ethos built, type of organization to be projected, link with the traditional left, incursion into the electoral field, relationship with Kirchnerism and confrontation with Macrismo. Through this map we reflect about the current situation of a new left project in crisis.*

**Keywords:** *Argentine left; State; social movements; political parties; Argentina 2001*

### Introducción

El vigésimo aniversario de la rebelión popular del 2001<sup>2</sup> es nuestra excusa para realizar un balance. Una crítica y autocrítica desde “abajo y a la izquierda” al proceso de emergencia, crecimiento e implosión de lo que denominamos izquierda autónoma, nueva, independiente y popular.

Volcamos al papel nuestras ideas porque buscamos escapar a la *melancolía estéril* de la que nos alerta Enzo Traverso (2020), es decir, del luto individual de las derrotas, el cual se aleja de las luchas del presente, y evita pensar en las venideras utopías. Sabemos que *no hay futuro sin*

<sup>1</sup> Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV), Argentina. Correo electrónico: [lisandrosilva@live.com](mailto:lisandrosilva@live.com)

<sup>2</sup> Nos referimos a las protestas del 19 y 20 de diciembre de 2001 que quebró el Estado de Sitio y desalojó del poder al gobierno de la Alianza que encabezaba Fernando de la Rúa.



*elaboración del pasado*, por eso nos hacemos cargo de los errores o fracasos para balancearlos y construir sobre nuevas hipótesis una izquierda revolucionaria para el siglo XXI.

Un trabajo que recorre 20 años de vida política inevitablemente debe realizar un recorte sobre los ejes temáticos y actores que desplegaron su actividad en un momento determinado. Incluso sobre la geografía en la cual se sitúa. En efecto, el artículo está dirigido al campo de las militancias populares izquierdas, asumiendo que el público lector comparte un universo de significados, una cultura marcada por un crisol de tendencias y debates. Por ello aclaramos que este trabajo no es: un trabajo sobre el proceso político-económico-social de la crisis del 2001; tampoco una evaluación sobre la trayectoria de todas las izquierdas que habitan en Argentina; todavía menos un balance sobre la experiencia de los gobiernos kirchneristas.

A los fines explicativos -y bregando por un ordenamiento de las ideas- nuestro trabajo se divide en siete hipótesis que recorren los principales nudos problemáticos sobre los aportes, potencialidades y limitaciones de la izquierda en cuestión.

### **Hipótesis #1.- Orígenes y acervo de una nueva izquierda**

La atmosfera que se consolidó a escala global hacia inicios de los años noventa, es conocida por las militancias populares. Fueron los años de la llamada hegemonía política, económica y cultural del neoliberalismo, del Consenso de Washington: mientras el muro de Berlín se derrumbaba, emergían las teorías de los finales -léase- de la historia, de las clases, de las ideologías, de los grandes relatos.

Desde Nuestramerica surgieron las primeras respuestas que comenzaron a resquebrajar la pretendida larga noche neoliberal, a saber: la del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) del sureste mexicano, la del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST) del Brasil, y la de las organizaciones vecinales y campesino-indígenas de Bolivia. Cada una planteó una agenda “desde abajo”, con basamento en la autonomía política, el poder territorial, y la defensa de los bienes comunes contra la privatización de la vida.

En Argentina, la experiencia del movimiento piquetero será el basamento originario de la llamada nueva izquierda. Fueron las y los trabajadores excluidos del trabajo asalariado por el modelo neoliberal, quienes redefinieron el sentido de lo político (entendido clásicamente como partido/líder y pueblo), y construyeron “desde abajo” al calor de “*la ruta y el barrio*” la identidad del movimiento piquetero que se plasmó tanto en acciones de protesta colectivas como en la proliferación del trabajo asociativo y del autoempleo. El otro gran afluente de la izquierda naciente referida, provino del movimiento estudiantil -principalmente- universitario. Tal movimiento enfrentó tanto la política de ajuste menemista como la del “déficit cero” de la Alianza, al tiempo que plasmó la unidad de acción en cada huelga docente.

En este marco, la militancia del universo descrito (junto a colectivos comunicaciones, antipatriarcales, de educación popular, etc.) abrazó la idea de construir una *nueva izquierda independiente*, y desplegó un conjunto de coordenadas políticas que edificaron cierto marco ideológico general, o mejor dicho un *ethos militante* en cuanto identidad común basada en orientaciones políticas compartidas que nutren una forma específica de militancia.

Los vectores ordenadores de las principales definiciones -las cuales avanzan un paso más que aquellas netamente *por la oposición*, es decir anticapitalista o antiimperialista- son variados, sin embargo, resaltaron principalmente nociones como poder popular, acción directa,



antiburocratismo, autonomía, y otras no adoptadas -al menos desde el inicio- por el conjunto de agrupamientos como nueva cultura militante, clasismo y antipatriarcado.

Un aspecto sí compartido por el espacio político fue asumir que la principal tarea de la etapa política era la acumulación de fuerzas, es decir, tener claro que no se estaba frente a un momento de avance de las fuerzas revolucionarias, pero tampoco se encontraba en lo más profundo de la “larga noche neoliberal”. Por ende la actividad primordial era la construcción de base, con propuestas orientadas a dar respuestas a los reclamos sectoriales.

En efecto la proclama de “*luchar, crear, poder popular*”, sintetizó la proyección política del espacio durante su emerger. Tal proclama funcionó como constelación político-ideológica que agrupó los símbolos y significantes del espacio, el cual creció al calor de la deslegitimación de un Estado carente de cualquier protección social, de construir hegemonía sobre la sociedad. La nueva izquierda se ubicó precisamente en el hueco donde la estatalidad eclosionaba, por ello la noción de poder popular encaja ahí, en la búsqueda de construir una nueva institucionalidad radicalmente diferente a la defendida por los de arriba.

A nuestro parecer, existieron a grandes rasgos tres tendencias que desde diferentes ángulos dotaron de sentido a dicha consigna, dando cuenta que la categoría de Poder Popular resalta por su carácter polisémico. Dichas tendencias hacen hincapié en aspectos distintos, a saber, (i) en el carácter autónomo/autogestivo; (ii) en la praxis política prefigurativa; (iii) en la confrontación con el poder Estatal. Si bien el planteo “*luchar, crear, poder popular*” sintetizó en cierto modo las aspiraciones del espacio, nunca existió una perspectiva uniforme sobre los significados y consecuencias de tal propuesta política. En efecto, dicho lema quedó a mitad de camino, entre categoría estratégica y marca identitaria, pues en ninguno de los tres casos esta noción fue enmarcada dentro de una estrategia de poder a largo plazo, sin embargo, en ambos fue una consigna principal.

Consideramos que será el proceso político bolivariano -quien planteó desde un gobierno popular la conformación de comunas y un Estado que debería “desarmarse”- el que comenzará a dar un marco lógico-estratégico a algunas organizaciones de la nueva izquierda con relación a la construcción de poder popular. Hasta tal entonces primaron concepciones que confundieron el poder popular realmente existente (entendido como momento específico y excepcional donde el pueblo toma la cosa pública en sus manos creando una nueva institucionalidad que confronta con el orden social imperante) con la genuina construcción de base limitada a las apuestas locales.

En conclusión, la hipótesis que guía este primer punto es que, la llamada nueva izquierda -naciente de la confluencia entre la vanguardia del movimiento piquetero y el activismo estudiantil en auge post 2001- emergió retomando un conjunto de experiencias, signos, símbolos, significados y místicas de la resistencia social, sin pretender abordar el debate estrictamente estratégico y programático como punto de partida. La heterogeneidad política se plasmó como virtud en cuanto amplitud de tradiciones y trayectorias que se identificaron dentro de tal espacio, pero evidenció sus límites al tener más de una definición abstracta y/o genérica sobre nudos estratégicos. Por ello decimos que hubo un nuevo ethos militante, pero no enmarcado en una nueva estrategia revolucionaria, aspecto ausente o sin lugar destacado en la agenda de debate, al menos, hasta el año 2011. Durante esta primera etapa, lo central fueron las luchas sociales básicas o la agenda reivindicativa orientada a reconstruir el tejido social y organizativo, considerado como condición necesaria para reconstruir un movimiento

político de transformación radical. La vacancia de una discusión estratégica no significó un problema de primer orden, al tiempo que la idea de poder popular cubrió momentáneamente dicho déficit (mientras operaban las consecuencias del desgarramiento del Estado burgués producto de las jornadas antineoliberales de principios de siglo). No obstante cuando el sol giró a favor del orden burgués recomponiéndose el Estado, movió el suelo sobre el que pisaba la nueva izquierda y alumbró la ausencia de una estrategia común. Sobre esto último nos focalizamos en las siguientes hipótesis.

## **Hipótesis #2. La forma y el contenido en el plano organizativo**

Las tres tendencias a las que nos hemos referido al mapear las diversas comprensiones del poder popular, contienen a su vez diferentes modos de abordar la conformación político-organizativa de sus agrupamientos. A grandes rasgos consideramos que el problema político organizativo de trasfondo en todo el espacio durante una primera etapa fue ¿qué hacer con Lenin y la tradición partido?

Las corrientes libertarias y anarquistas que tuvieron influencia en el emerger de la nueva izquierda resolvieron rápidamente tal asunto. Por su propia tradición se delimitaron desde un comienzo de la forma partido de cuadros de tipo leninista.

Una importante cantidad de organizaciones de la nueva izquierda, sin abreviar al anarquismo, también se delimitaron del leninismo y su tipo de partido. En su trabajo *¿Qué no hacer?* Miguel Mazzeo (2016) sistematiza esta mirada crítica -la cual atribuye tanto de Trotsky, como Lenin- que considera al partido como la instancia idealizada, sobrestimada, sobrecargada de responsabilidades, y por ende, encargada de llenar los déficits de las masas, a las cuales se las concibe “como objeto y no como fuente de la dialéctica” (p.129). Bajo esta concepción se estructuró una de las organizaciones más importantes del espacio, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS).

Otro espectro de organizaciones sí se identificó desde un principio con la tradición leninista del partido, pues consideró la necesidad de organizarse en instancias específicas que exceden las tareas ligadas a la lucha reivindicativa, a los fines de prepararse y -al decir de Lukács- *preparar* la revolución. Muchas de estas organizaciones, evitaron autodenominarse “partidos” es un intento de dejar en claro su diferencia con quienes se autodefinen como *el* partido de la clase, es decir, el único que posee la línea correcta y representa los intereses de la clase.

Las distintas concepciones sobre la forma y el contenido organizativo no pueden ser desligadas de la hipótesis previa en la cual nos referimos a la etapa emergente de la nueva izquierda. Tal como mencionamos en este período se reafirmó como tarea principal de la etapa la *acumulación de fuerzas*, en efecto se constituyó una izquierda social, de fuerte carácter reivindicativo, con alcance local, y sin pretensiones de elaboración programática que abarque los problemas políticos generales. Para tal propósito -y en la gran mayoría de casos- proliferaron organizaciones bajo las denominaciones de frentes, redes, movimientos, colectivos, corrientes, agrupaciones, y demás espacios que desde su denominación “de base” se delimitaron de toda idea ligada a lo partidario. Estas atravesaron una primera fase de fuerte corporativismo, es decir de focalización en los temas particulares de cada sector, fetichizando la militancia de base como ámbito privilegiado de construcción, ensalzándose en el economicismo y la abstracción revolucionaria.



Un intento de sortear este corporativismo fueron los ensayos de articulaciones multisectoriales. Fue así que durante el periodo 2009-2012 dieron a luz varias propuestas organizativas de coordinación multisectorial. Estas formaciones fueron un valioso salto cualitativo en relación con una primera etapa corporativa en la nueva izquierda. Los interrogantes que recorrían al conjunto de las multisectoriales giraban en torno: ¿Construir un nivel de organicidad que permita dar respuesta con agilidad a los hechos de la coyuntura o priorizar la más lenta construcción de consensos internos? ¿Establecer mecanismos de votación y de decisión por mayoría/minoría o avanzar basándose en el consenso unánime entre las organizaciones? ¿Constituir criterios de representatividad entre las organizaciones o todos los grupos de base tienen el mismo peso en las decisiones, independientemente del desarrollo militante y organizativo? ¿Unificar los frentes sectoriales (estudiantil, territorial, sindical, cultural, etc.) o mantener una relación estrecha a través de coordinaciones específicas?

Los interrogantes señalados dan cuenta que en la propia multisectorialidad habitaban dinámicas propias del corporativismo, las cuales dificultaron y retrasaron el salto político en la conformación de organizaciones de nuevo tipo que pueda abordar la cuestión política de una manera integral. Por ello las diferentes coordinaciones se presentaron como herramientas muy laxas para ser organizaciones centralizadas que tomen la lucha política de manera eficaz, aunque también restringidas (en sus acuerdos o definiciones políticas) para erigirse como una alternativa más general del campo popular y no solo de la nueva izquierda.

En conclusión, y modo de segunda hipótesis, consideramos que gran parte de las organizaciones de la nueva izquierda o izquierda independiente, construyeron sus organizaciones rehuyendo de “los peligros del bolchevismo”, teorizando sobre cómo “superar” las posibles desviaciones del leninismo, pero elaborando muy poco sobre cómo enfrentar al poder de la clase dominante y a la tendencia desorganizadora del sistema. El prisma movimientista anidó las principales características del corporativismo, aspecto que permaneció en las organizaciones por más que apostaran a la construcción de herramientas multisectoriales, al tiempo que tal concepción significó una gran limitación para asumir los desafíos políticos surgidos a partir del 2008.

### **Hipótesis #3. Izquierda tradicional y nueva izquierda**

Si hay algo que unificó al conjunto de la nueva izquierda naciente al calor del 2001, a pesar de las diferencias implícitas o explícitas previamente mencionadas, es su delimitación de la llamada Izquierda Tradicional (IT). Desde distintos puntos de partida, los caminos se unificaron momentáneamente en la necesidad de afirmar que se estaba construyendo una izquierda diferente a la existente. En consecuencia, parte de la identidad en construcción y la política cotidiana de la nueva izquierda era una crítica: (i) al sectarismo y al modo de construcción que ubica al partido como referencia de auto-acumulación en la lucha política y social; (ii) al uso de la táctica electoral en todo tiempo y lugar con formatos legitimadores de la institucionalidad; (iii) el menosprecio de las conquistas vía reformas y la falta de interés en propuestas programáticas (o de mínima) que atiendan a los problemas urgentes de las masas; (iv) la subestimación política para con los sectores de la clase obrera externos al trabajo formal y/u ocupado fabril; (v) la ausencia de lecturas que incorporen la dimensión de género y antipatriarcal; y (vi) las caracterizaciones condenatorias y soberbias sobre los procesos latinoamericanos.

A los fines de un ordenamiento conceptual, desde nuestro punto de vista, partiendo del piso de acuerdo sobre la necesidad de construir una nueva izquierda, las diferentes organizaciones identificadas con dicho paradigma se vincularon con la llamada IT a partir de dos políticas diferentes, las cuales llamamos: *método de reacción* y el *método de distinción y complementariedad*. Es decir, no existió una sola una manera de vincularse con la izquierda mayoritariamente trotskista, sino que ante determinadas coyunturas, confrontaciones o tácticas, la acción de la nueva izquierda se ordenó a partir de estos dos métodos referidos.

En su trabajo "*Más allá de la vieja izquierda*", Ezequiel Adamovsky (2017) planteó tres principios centrales "que distinguen la política anticapitalista de la de la izquierda tradicional", a saber: primero, que la política emancipadora debe partir de la idea de un sujeto múltiple antes de suponer un sujeto singular-predeterminado, quien liderará a los demás en el camino del cambio; segundo, que esta política necesita adquirir formas prefigurativas/anticipatorias, es decir, evitar producir efectos sociales contrarios a los que dice defender (como la concentración de poder en una minoría); tercero, que de los dos principios anteriores se deriva la necesidad de cualquier proyecto emancipatorio de orientarse hacia el horizonte de una política autónoma, entendida como la capacidad de vivir de acuerdo a reglas definidas colectivamente por y para el mismo cuerpo social que se verá afectado por ellas.

Tal método implicó que una parte de la nueva izquierda tome como punto de partida (y referencia) a la hora de formar su identidad, la oposición a la "vieja" izquierda trotskista. La crítica sin matices (en muchas ocasiones certera) a la izquierda tradicional llevó a muchas de las organizaciones de la nueva izquierda a resguardarse de manera conformista más en la identidad por delimitación, que en la edificación de una fisonomía propia producto de la profundización de los principales debates políticos estratégicos del movimiento de izquierdas en general. El método de reacción, sumada a la debilidad estratégica de este sector (que es parte del déficit general de la nueva izquierda como planteamos en hipótesis previas) fue uno de los factores que allanó el terreno para las múltiples fracturas. Pero también para el abandono o demora en la propia búsqueda estratégica, encontrando -luego de varios años-puerto en las propuestas de la centro-izquierda o el peronismo.

Si bien la mayor parte del espacio apostó a la *reacción*, una porción menor -pero no desdeñable- de organizaciones se propuso reafirmar su distinción de la izquierda tradicional pero asumiendo la posibilidad de complementar esfuerzos, bregando por la unidad del campo popular en general. Una muestra de esto fue la política de tensionar constantemente el espacio de la nueva izquierda al proponer la confluencia con el Frente de Izquierda y los Trabajadores (FIT)<sup>3</sup> en jornadas de protesta o eventos políticos de tradición socialista, como los actos del 1° de Mayo.

Asimismo, existieron ciertos *núcleos de afinidad* como la perspectiva clasista o la preocupación por tener incidencia sobre la clase obrera ocupada, que le permitieron encuentros puntuales en el terreno de la lucha sindical. En efecto, fueron varias las oportunidades donde se construyeron listas de oposición a la burocracia sindical y menos las veces donde este sector de la nueva izquierda presentó listas propias que disputaran con la izquierda tradicional. También proliferaron los encuentros para expresar la solidaridad obrera ante despidos (entre

---

<sup>3</sup> Coalición electoral de carácter trotskista conformada por el Partido Obrero, Izquierda Socialista y el Partido de Trabajadores Socialistas en el año 2011 para sortear las Primarias Abiertas Simultáneas y Obligatorias (PASO).



otras circunstancias) o se coordinaron acciones de protestas de cara a los paros generales convocados por las centrales sindicales (CGT-CTA).

Otra esfera donde se promovió la adhesión -con distintos niveles de criticidad- a la política trotskismo fue el terreno electoral. Una porción importante de organizaciones brindaron su apoyo ya sea llamando a votar la lista de la izquierda, fiscalizando durante los comicios, o directamente integrando sus listas.

En conclusión, esta tendencia del espacio pretendió no clausurar a priori el vínculo con la izquierda trotskista generando los puentes necesarios, entendiendo que ambas fracciones eran parte de la tradición de izquierda en general. Vale aclarar que un problema latente fue la imposibilidad de construir un perfil o identidad definida en el marco de la complementariedad propuesta, lo cual, sumado a la demora en abordar el “salto a lo político” de las construcciones que impulsó esta izquierda, se encontró de hecho en el FIT cierta representatividad en el plano de la intervención política general.

En términos de hipótesis, consideramos que la construcción de una nueva izquierda con aspiración de trascendencia en el tiempo, implica un proceso de rearme estratégico combinado con una fuerte inserción de masas, donde se escape a la reacción total, pero tampoco se suponga una complementariedad con el trotskismo más allá de la necesaria unidad en determinados planos. Asumir la delimitación estratégica (y no por elementos superfluos) para con la izquierda tradicional merece asumir -al decir de Acha- que la prometedora nueva izquierda es tan heredera de los dilemas irresueltos del siglo veinte como lo es, la izquierda tradicional, por ende a pesar de las diferencias ambas vertientes son parte de la profunda crisis de la izquierda revolucionaria.

#### **Hipótesis #4. De la táctica electoral a la tensión estratégica**

Cumplida una década de la rebelión popular del 2001, el espacio de la nueva izquierda se zambulló de lleno al debate de la táctica electoral, en cuanto arista fundamental del “salto a lo político”, es decir, la posibilidad (y necesidad) de traducir la potencia de las construcciones de base en una plataforma político general de masas. En una alternativa política. Si el emerger de esta corriente se dio al calor de la ruptura institucional que se condensó el 19 y 20 de diciembre, diez años después, la relegitimación del aparato de representación político-electoral, la puso en un aprieto que implicó un punto de inflexión en la corta vida de la izquierda estudiada.

Durante el 2012 y parte del 2013 los diferentes agrupamientos se alistaron en el debate electoral. Como hasta entonces la temática se presentaba en cierto modo como un “tabú” en la nueva izquierda, ya que la herencia del 2001 traía consigo un clima donde primaba el abstencionismo, lo cual se cristalizaba en la ausencia a de experiencias concretas o posicionamientos explícitos sobre la participación en los comicios. El abordaje del problema político referido “abrió una caja de pandora” sobre múltiples controversias. A propósito de tales querellas, reseñemos de manera sucinta los principales aportes.

El planteo de Ogando (2011) se articula con la idea de que -al decir de él- el Estado capitalista no es “biodegradable” o posible de desarmar desde adentro, pero que la intervención en dicha arena podía generar una retroalimentación de la institucionalidad alternativa, es decir, generar una articulación virtuosa entre el poder popular de base y la disputa estatal (además de construir referentes públicos o disputar sentidos y recursos). Pablo Solanas, Joaquín Gómez y Federico Orchani (2012). Propusieron distinguir entre la herramienta política de síntesis

estratégica y herramienta electoral, ya que la primera se ocupa de delinear la perspectiva estratégica de largo plazo, guiada por definiciones que se convierten en “invariantes” más allá de cada período histórico o etapa; y la segunda es -en tanto “brazo” de la primera herramienta- un instrumento específico para la disputa electoral.

Otra réplica fue la Juan Wahren (2012) quien anclado en la “izquierda autónoma (del Estado) e independiente de los partidos políticos y las centrales sindicales” planteó que la vía electoral podría utilizarse únicamente de manera subsumida a la vía estratégica de la autonomía y el poder popular, ya que la perspectiva estratégica de este sector “está en ensayar y profundizar formas de autogobierno en vez de buscar el *salto político* en el campo electoral/institucional donde la democracia liberal insiste que es el campo preferencial de la política” (p.181).

Sebastián Enríquez (2013) polemizó con Ogando y los militantes del FPDS al sostener que la participación en el campo electoral, la izquierda revolucionaria debe difundir una alternativa de poder, de sistema, en vez de presentar una alternativa de gobierno, es decir, reforzó el carácter propagandístico para disputar la hegemonía burguesa. En sintonía, Mosquera (2012) descartó la idea de “crecer para luego dar el salto” en la participación electoral, y sostuvo que se debe concebir al terreno electoral no como el inicio de una disputa gubernamental a mediano plazo (trabando alianzas amplias a riesgo de resignar la independencia política y la perspectiva anticapitalista) sino como una instancia de propaganda y agitación, construcción de referentes populares, y como un terreno para impulsar algunas reformas progresivas de la mano de la movilización popular.

Miguel Mazzeo (2013) intervino al calor de las experiencias concretas de intervención electoral sucedidas durante las PASO del 2013 y los primeros efectos de tal política (como la propia ruptura del FPDS, organización de la que participase por aquel entonces). En sus textos, partió de asumir la imposibilidad de renunciar a priori a ningún espacio de confrontación, pero dedicó mucha tinta a alertar que “por donde se lo mire el experimento es riesgoso”, ya que tal empresa “puede desdibujar los perfiles libertarios de la izquierda independiente, afectar el desarrollo de su identidad crítico-revolucionaria (...) [y que quede] por debajo de su actual punto de partida, de sus elementos identitarios más distintivos y potentes” (p.70).

Como puede apreciarse, la rendija abierta hacia 2011 en el espacio político sobre la posibilidad de incursionar en el terreno electoral, agrietó a todas las organizaciones, las cuales iniciaron un prolífero debate abierto sobre múltiples dilemas estratégicos que no habían sido abordados con profundidad durante una década de existencia. Se problematizó qué tipo de herramienta político y/o electoral era la necesaria construir, las condiciones necesarias para asumir la táctica mencionada, el vínculo de dicha apuesta con las construcciones de base, las alianzas a trabar en frentes electorales, el carácter de la propuesta política de una campaña, y la ponderación de fuerzas (o no) que debía tener tal empresa en la etapa transitada.

La aceleración de debate durante el año 2012 preparó las condiciones para dar curso a la primera participación activa en frentes electorales. Los resultados alcanzados en las PASO y las elecciones generales -donde se superó el piso proscriptivo del 1,5%- mostraron la marginalidad de una performance electoral que encontró en promedio un techo de 2%. Una parte de la izquierda independiente tributó en su campaña a un polo reformista de centroizquierda. Fue así como dicha izquierda comenzó -al decir de Mazzeo (2014)- poco a poco a ser irreconocible.



Durante buena parte del año 2014 y 2015 comenzó a reagruparse un sector de la nueva izquierda que no incursionó en la disputa electoral en 2013 (más allá de un voto crítico al FIT). Esta tendencia impulsada por la organización Pueblo en Marcha (PEM) logró la adhesión de otros grupos y se reagrupó bajo la idea de “construir de un polo de izquierda anticapitalista amplio y en acuerdo político con el FIT” la coalición trotskista que venía de superar el millón de votos en la elección legislativa del año 2013. PEM se autodefinió como la “herramienta electoral de los movimientos sociales” que pone centralidad en las luchas por abajo, con una perspectiva de ruptura con las instituciones, potenciando el poder popular.

A modo de conclusión, la cuarta hipótesis que guía este estudio es que la nueva izquierda independiente nació al calor de la resistencia al neoliberalismo, resaltando en su perfil la abstención electoral, una ponderación de la construcción de social/de base en detrimento de la “disputa en la superestructura”, y un formato organizativo mayormente movimientista opuesta a los partidos tradicionales de la “vieja política”. Diez años de recomposición de la legitimidad estatal para garantizar el dominio político y social sobre las clases populares, evidenciaron que la plataforma de consignas y principios de la nueva izquierda eran herramientas escasas para afrontar el cambio de situación imposible de reducir a “la resistencia en las calles”, sino que exigía intervención y construcción de alternativa política frente a los problemas fundamentales que ordenaron el período 2008-2015, cuando el kirchnerismo se corrió a la izquierda post derrota con las patronales agrarias campo. Por ello el debate electoral tensó todo el espacio, dando cuenta de los déficits en materia de debate y acuerdo estratégico sobre puntos nodales como las herramientas organizativas y el cómo la táctica electoral.

### **Hipótesis #5. Los gobiernos kirchneristas y la lucha política**

En términos generales, consideramos que el kirchnerismo utilizó el espacio abierto por la rebelión popular para desplegar un programa redistributivo que readecuó los términos de negociación entre el Estado y el mercado. Es decir, muchas de las medidas implementadas post 2001 no estaban en el horizonte de lo posible antes de la insubordinación callejera que se opuso con el cuerpo a mayor ajuste y saqueo neoliberal. De esta manera *restauró la rebelión*, en efecto es un *hijo externo* del 19 y 20 de diciembre, y por ende su función restauradora lo diferencia de las democracias radicales, transformadoras o revolucionarias desarrolladas en Venezuela y Bolivia (Piva, 2021).

La llegada de Néstor Kirchner a la presidencia (2003-2007) lejos estuvo de ser un canal de expresión política o de representación social, si no todo lo contrario, ya que la conformación identitaria de la nueva izquierda se desarrollaba en oposición a las recetas de los distintos partidos tradicionales. Aun así un primer evento que aparejó debate en las organizaciones fue la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida en septiembre del año 2003, lo que permitió reabrir los juicios a los genocidas, anular los indultos y avanzar en el encarcelamiento de los principales criminales de la dictadura. Esta política, acompañada de un respaldo a un sector importante de las organizaciones de derechos humanos (apoyando gran parte de su agenda en términos de políticas públicas) permitió al primer kirchnerismo autodenominarse como “el gobierno de los derechos humanos”. En este marco, la gran parte de las organizaciones de la nueva izquierda apoyaron la medida de reabrir los juicios a los genocidas, pero dejando claro que dicha bandera no era exclusiva del gobierno, sino que era levantada desde hace varios años por diversas organizaciones antirrepresivas y de derechos humanos. A su vez, se remarcó que esta política debía ser acompañada de otras como la reapertura de los

archivos de la dictadura; el juicio y castigo de los responsables civiles-empresariales-eclésiásticos; y el desmantelamiento de la estructura policial que funcionó durante el llamado “proceso”, entre otras medidas. En definitiva, la nueva izquierda puso sobre la mesa la contradicción entre la reivindicación de las conquistas democráticas y la represión sistemática del Estado, es decir, planteo como el mismo gobierno que facilita el ensanchamiento de ciertos derechos democráticos, acota la ampliación de esas conquistas.

El desarrollo de la primera presidencia de Cristina Fernández de Kirchner (CFK) -quien triunfó en 2007 con el 46,3% de los votos dando cuenta de una victoria política al reconstruir la hegemonía a pocos años del colapso del 2001- implicó un nuevo escenario para la izquierda referida, en especial a partir del llamado “conflicto del campo”<sup>4</sup>.

La decisión del gobierno de confrontar con las patronales agrarias, producto de la emergencia de las limitaciones del modelo de acumulación kirchnerista (donde por ejemplo los superávits gemelos -fiscal y comercial- se empieza a agotar hacia 2008) construyó al interior del gobierno nacional las condiciones para desarrollar una identidad política en torno al ideario de lo nacional y popular, opuesto a los sectores “minoritarios, corporativos y oligárquicos”. En sintonía, Piva (2019) considera que frente el bloqueo de la gran burguesía agraria (el cual significó un bloqueo del conjunto de la gran burguesía) el gobierno nacional profundizó la estrategia neopopulista, polarizando con el sector mencionado, postergando el antagonismo vía diferimiento del ajuste, y continuando con la lógica de satisfacción de demandas (estatización del régimen de jubilación privada (AFJP); Ley de movilidad jubilatoria; Asignación Universal por Hijo (AUH); Asignación por embarazo), la reestatización de distintas empresas (como Aerolíneas Argentinas e YPF) y el impulso de una agenda de ampliación de derechos democrática (Ley de medios audiovisuales, Ley de matrimonio igualitario, Ley de identidad de género, etc.).

Como mencionamos previamente, la nueva experiencia que significó la emergencia del proyecto kirchnerista luego del 2008, implicó un cambio en los posicionamientos de la izquierda, ya que la agenda de “confrontación con la derecha (agro-sojeros, medios de comunicación, fondos buitres)” inauguró una polarización que quebró el equilibrio mantenido Néstor con todos los grupos de poder. La primera prueba de intervención política en el escenario mencionado fue a partir del llamado conflicto agrario o *lockout* patronal.

Frente a este escenario, las organizaciones de la nueva izquierda establecieron una lógica de posicionamiento distintivo, pues ante las sucesivas confrontaciones post 2008 no equiparó al gobierno con sus adversarios derechistas, al tiempo que supo caracterizar qué de las medidas progresistas del gobierno eran una respuesta a reclamos nacientes del 2001 (y por ende debían ser reivindicadas o defendidas), sin dejar de mencionar los elementos que mostraban el carácter parcial o insuficiente de estas iniciativas. Por ejemplo, (i) se reivindicó el reconocimiento en materia de derechos a las disidencias sexuales y de las mujeres, pero se denunció sin tregua la negativa a tratar el proyecto de ley sobre la Interrupción Legal del Embarazo; (ii) se promovió la iniciativa para modificar la ley de radiodifusión de la dictadura, pero se señaló que la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual no reconoce de manera plena a los Medios Comunitarios, Alternativos y Populares; o (iii) se resaltó el carácter progresivo de ciertas estatizaciones como en el caso de YPF, pero se criticó al pago a Repsol

---

<sup>4</sup> A partir de la Resolución N° 125/2008 del Ministerio de Economía buscaba modificar las alícuotas impositivas de los derechos de exportación sobre cereales y oleaginosas a través de un esquema móvil en relación al precio internacional de las commodities.



en tanto responsable de la crisis energética y se propuso una auditoría del deterioro patrimonial y de los pasivos ambientales que dejó la multinacional.

A modo de síntesis, e hipótesis guía de esta sección, consideramos que uno de las principales virtudes de la nueva izquierda ha sido mantener su independencia política y organizativa para con los gobiernos kirchneristas, no integrándose al horizonte del capitalismo humano planteado por la coalición peronista. Supo moverse en las confrontaciones con la claridad necesaria para no mezclar banderas con la derecha movilizada, al tiempo que fue parte de las luchas contra las consecuencias “del modelo”. Ahora bien, esta impronta que tenía una base material cristalizada en la construcción de base multisectorial, acrecentada al calor de una etapa marcada por la resistencia social, no supo reinventarse cuando, tras la derrota con las patronales agrarias campo en 2008, el kirchnerismo construyó su perfil desde el centro hacia la izquierda, retomando más de una de las banderas que la nueva izquierda supo enarbolar. Las armas que encontró la llamada izquierda independiente para afrontar el cambio de situación, fueron: la construcción de un perfil de centro-izquierda progresista (cuando el kirchnerismo ocupaba esa banda política con total tranquilidad) o el corrimiento hacia un mayor delimitacionismo con respecto a las mayorías sociales. Los primeros, frustrada la idea de construir una “nueva centro-izquierda”, se enfocaron cada vez más en interpelar la base kirchnerista en la búsqueda de una “nueva mayoría popular”, cuestión que los desarmó completamente de una orientación anticapitalista, cuando a partir del 2015 poco a poco se fueron adaptando a la dirección kirchnerista para enfrentar al macrismo. Los segundos, refugiados en las certezas de la construcción identitaria, iniciaron una nueva crisis al tener al kirchnerismo, como opositor al macrismo. Se imponía para este sector los dilemas de la táctica del frente único sin mimetizarse con el otrora gobierno progresista.

### **Hipótesis #6. Entre la integración, la implosión y el aislamiento**

La designación de Daniel Scioli como candidato peronista a presidente por el Frente Para la Victoria (FPV), no cosechó ningún apoyo en las organizaciones de la nueva izquierda hasta sabidos los resultados de la elección del 25 de octubre del año 2015 que dictaminarán el balotaje entre Scioli y Macri (líder de la coalición derechista Cambiemos). En el lapso entre las generales y el ballotage, la atmosfera que agrupó a las organizaciones de la nueva izquierda se vio alterada por la necesidad de alcanzar un posicionamiento claro de cara a la definición presidencial, pues la gran mayoría del espacio había realizado un voto crítico por el FIT, y no esperaba, es decir no tenía posición, sobre el desenlace ya conocido.

El Movimiento Patria Grande (MPG) fue la primera organización en hacer público su llamado a votar por Scioli. Lo hizo a través de un comunicado titulado “Derrotemos a Macri y el avance de la nueva derecha”. Un segundo campo de organizaciones plantearon que votar blanco contra los candidatos conservadores o votar contra Macri en tanto acto defensivo para bloquear el avance de Cambiemos, eran dos tácticas válidas y posibles para enfrentar el rumbo de ajuste post ballotage. Un tercer sector de organizaciones planteó el voto en blanco o nulo frente al ballotage, al sostener que ningún candidato representa los intereses populares, por ende lo central era preparar la resistencia al ajuste venidero.

El crisol de posiciones frente al balotaje da cuenta de la complejidad del debate político en el seno de la izquierda. En retrospectiva, es posible pensar que ambos extremos del posicionamiento (#MacriJamás o llamamiento al voto blanco) prefiguraron en cierto modo la suerte de dichos espacios políticos.

La gestión Cambiemos fue caracterizada como “el gobierno de los CEOs” por el espacio político de la nueva izquierda o izquierda popular. Durante los dos primeros años de gobierno, Cambiemos desplegó una agenda basada en los tarifazos, despidos (fundamentalmente en el Estado) ajuste y represión. Como era de esperar, las organizaciones kirchneristas (otrora gobernantes durante 12 años) buscaron presentarse como la principal oposición al macrismo. En este escenario, cómo luchar contra Cambiemos sin llevar agua para el molino del peronismo, o cómo luchar en unidad, pero diferenciándose de las fuerzas del progresismo, fueron dos de los dilemas que atravesaron a la nueva izquierda durante el período.

Ambos polos del espacio político de la nueva izquierda -más temprano que tarde- entraron en crisis por los debates antes referidos. El sector representado en la denominada izquierda popular se embarcó en un debate acerca de: (i) si una nueva alternativa popular se gesta al interior, en los márgenes o por fuera del peronismo-kirchnerismo; (ii) si existe o no un liderazgo "natural" de CFK en las masas el cual debe ser asumido por el conjunto del campo popular para enfrentar las alternativas conservadoras; (iii) si el plano electoral es el espacio excluyente para disputar poder y por ende subordina otras esferas de acumulación y disputa política y social.

El otro sector de la nueva izquierda estuvo muy lejos de atravesar discusiones acerca del liderazgo de CFK o sobre la construcción de alternativa a los márgenes del kirchnerismo. Más bien se dispuso a construir acuerdos acerca de cómo desplegar acciones de frente único, en cuanto táctica defensiva para enfrentar la avanzada macrista. De esta manera fueron numerosos debates sobre si participar o no en distintas acciones convocadas por sectores de la base de apoyo kirchnerista, con qué impronta participar, con qué niveles de delimitación, o si era necesaria homologar la crítica a los doce años kirchnerista cuando se encontraba gobernando Macri.

Objetivamente, se estructuraron dos posiciones dentro de este sector, una ligada a focalizar el frente único antimacrista en la lucha callejera y otro que acordaba en los papeles con la táctica referida, pero encontraba siempre un elemento para descartarla pues consideraba que más de una convocatoria tenía el objetivo de trabajar para CFK 2019.

El bloqueo de la triple reforma a partir de las jornadas de protesta callejera del 14 y 18 de diciembre del año 2017 (donde la nueva izquierda, la izquierda tradicional, las organizaciones de la economía popular y parte del sindicalismo peronista, fueron protagonistas) pusieron en jaque al gobierno macrista frente a los llamados “mercados internacionales” quienes comenzaron rápidamente a limitar el crédito y fugarse del país. Lo siguiente es conocido, una nueva devaluación, el desembarco del FMI, y más de golpe del mercado para forzar una profundización del rumbo ajustador. En efecto, inaugurada la crisis, se plasmaron durante el segundo semestre del año 2018 dos consignas principales en el campo popular: el *Fuera Macri* para no darle ni un día más de gobernabilidad a Cambiemos, o el *Hay 2019* haciendo referencia a la necesidad de encausar la resistencia en un recambio electoral.

La primera consigna se agitó en el marco del descalabro económico de la corrida cambiaria, transformado a dicha propuesta en una opción ante el colapso, cobrando relevancia y cierta adhesión popular para frenar el ajuste. Las organizaciones de la nueva izquierda polemizaron frente a quienes se opusieron a agitar la salida de Macri, al plantear que era necesario propiciar la caída de Cambiemos a través de la movilización a los fines de condicionar lo más posible al conjunto de la clase dominante. El otro sector de la nueva izquierda que no planteó el *Fuera*



*Macri*, orientó como política principal conformar un frente antineoliberal encabezado por CFK, por ello lanzó al inicio del año 2019 la campaña “Ella le gana”, y bajo esta táctica decidieron integrarse el Frente de Todos, disputando representatividad en cargos ejecutivos y legislativos.

El cuadro descrito nos lleva a la siguiente hipótesis. La nueva etapa política que va desde el balotaje del 2015, pasando por el triunfo de Cambiemos contra CFK en las legislativas del 2017, y el regreso del peronismo en octubre del 2019, dio un primer cierre al proyecto originario de la izquierda “nueva, independiente, autónoma, popular” mencionada. Del 2015 a esta parte, aquellos que se refugiaron en sus corporativas construcciones han dejado intervenir en el campo estrictamente político, configurando un verdadero retroceso de dichas fuerzas; quienes exploraron construir una “nueva centroizquierda” se toparon con que el kirchnerismo tranquilamente puede ocupar ese campo político y se encuadraron tras la candidatura de CFK 2019 para enfrentar a Macri y nutren el Frente de Todos; por último quienes se mantuvieron independientes de las diferentes variantes burguesas, arribaron a acuerdos con el FIT al ser el único espacio político orientado por una perspectiva anticapitalista y siguen emparentados con la política del trotskismo local.

Más allá de las diferentes tácticas electorales adaptadas en 2019, el aspecto central que permite pensar el cierre de una primera etapa de la izquierda estudiada, es la imposibilidad de rearticular una alternativa política de la nueva izquierda en tiempos donde los progresismos muestran sus profundas limitaciones para salir de la crisis estructural e irresuelta en Argentina.

### **Hipótesis #7. ¿Un impasse necesario o el fin de una experiencia?**

Tal como mencionamos previamente, el grueso del espacio político de la llamada nueva izquierda o izquierda independiente está en la actualidad agotado. El diagnóstico planteado lejos está de considerar a la experiencia referida como un fenómeno totalmente estéril. Nos animamos a decir que del 2001 a esta parte, la nueva izquierda o izquierda independiente, construyó un perfil político que irradió -e irradia- al conjunto del campo popular y en especial a la izquierda trotskista. Creemos así que el legado persistente en la actualidad se resume en la capacidad de *ampliar los márgenes de la lucha anticapitalista*. Es decir, de incorporar a la agenda de la izquierda miope y el autonomismo corporativista, un conjunto de reclamos sectoriales capaces de ser anclados en una disputa antisistémica de gran alcance. Nos referimos a la lucha ambiental, de los feminismos, y la economía popular.

Vale mencionar que no consideramos a la nueva izquierda como la impulsora originaria de todas estas luchas, ya que estas poseen años de trayectoria y bagaje en el movimiento popular latinoamericano. Tampoco creemos que el resto de las izquierdas hayan desconocido por completo la existencia de estas disputas. Pero sí consideramos que los agrupamientos de la nueva izquierda o izquierda independiente han sabido leer con mayor claridad cómo era posible -y necesario- ampliar las fronteras de la lucha anticapitalista en nuestro tiempo.

Nuestra principal hipótesis es que si bien existe un cierre de la primera etapa de la nueva izquierda, esto no implica la extinción de tal proyecto en Argentina. Aún continúa vigente la necesidad de estructurar un espacio político que supere a la llamada izquierda tradicional sin nutrir las filas del reformismo local. Ahora bien, consideramos que existen dos factores fundamentales sobre los cuales se sustenta esta posibilidad: (i) la emergencia de una nueva generación militante que se geste al calor de batallas políticas de envergadura; y (ii) una

clarificación estratégica sobre los principales desafíos del socialismo en el XXI. Esto implica el invertir el tiempo necesario para elaborar respuestas a los problemas propios de nuestro tiempo, sin abandonar la intervención política general y la construcción de base multisectorial.

Sobre el primer punto, vale tener en cuenta que un elemento fundamental de los problemas que atravesó la nueva izquierda, fue que las organizaciones emergentes en los años de resistencia, tuvieron un fuerte componente juvenil y carecieron en esos primeros años de referentes políticos más experimentados (Solanas, 2018). Sobre el segundo aspecto la cuestión merece mayor profundidad, pues implica un ejercicio de clarificación sobre las distintas estrategias que a nuestro parecer existieron de manera más o menos desarrolladas en el espacio de la nueva izquierda. En resumen consideramos que anidaron (y continúan en marcha) tres estrategias principales en el campo de la nueva izquierda, a saber: (i) Gobierno Popular independiente de la irrupción de masas; (ii) Gobierno popular con anclaje en la irrupción de masas; (iii) estrategia de empalme.

(i) El sector que se propuso sintetizar su identidad en la denominación de *izquierda popular* contiene los principales elementos de la primera estrategia referida. En distintos documentos estas fuerzas han explicitado que en la etapa actual es la táctica electoral la principal herramienta para la llegada de un gobierno popular al poder, basado en la movilización y la construcción de poder popular. Bajo esta perspectiva se ordenó la participación en los comicios, donde se planteó la necesidad de luchar por la hegemonía al interior de una construcción amplia que incluya experiencias nacionales y populares identificadas con el peronismo y demás tradiciones locales. De esta manera se encontró referencia estratégica en experiencias como la venezolana con Chávez o la boliviana con Evo, explicitando que la tarea central era la disputa al interior de dichas coaliciones con una perspectiva anticapitalista.

El devenir de estas organizaciones hoy tributarias a las distintas variantes peronistas, permiten evaluar que su estrategia del gobierno popular en Argentina se ha planteado con independencia de una irrupción de masas que exponga una fractura de la estatalidad, o mejor dicho un desgarramiento del conjunto de la institucionalidad producto de la crisis desatada por la movilización social y política en el marco de la lucha de clases. Prescindir de la irrupción de masas como un elemento fundamental para el fomento de un gobierno popular, fuerza la vista hacia el encuentro de un “gobierno en disputa, o procesos abiertos de lucha hegemónica”, donde en realidad prima el más clásico reformismo burgués, el cual lejos está de estimular la movilización popular, sino más bien, se asienta a partir de la pasivización del conflicto social y la metabolización institucional de las contradicciones fundamentales.

(ii) La segunda (que retomamos un conjunto de activistas) comparte con la primera la necesidad de repensar las dos estrategias principales dentro del campo socialista en el SXX (la insurrección y la guerra popular prolongada) al tener en cuenta que la consolidación de la democracia capitalista en el perfeccionamiento de la dominación burguesa -entre otros factores- otorga un nuevo rol a la disputa en la arena institucional/estatal. Ahora bien, encuentra su principal diferencia al considerar la emergencia de un gobierno popular como producto de los embates de lucha de clases donde los Estados no terminen por desplomarse (Rusia del 17), sino que tiendan a desgarrarse en crisis más o menos duraderas (Bolivia, Venezuela, Grecia, pero también España de los 30'). En efecto, ubica el acceso al gobierno por parte de una coalición de carácter popular, como el mecanismo de metabolización sistémica para resolver los enfrentamientos que por fuera de la institucionalidad lo amenaza



más que por dentro. Pero tal situación, a su vez, representa una condición para potenciar la acumulación de fuerzas que permita desde el gobierno afrontar la ruptura revolucionaria.

Este último aspecto es otro elemento central de la hipótesis que retomamos. La experiencia histórica permite prever que el ascenso de un gobierno popular desate una reacción conservadora, siendo dicha ofensiva que “rompe las reglas de juego”, la que abriría la condición de posibilidad a las y los revolucionarios de encarar un proceso de radicalización, en una dinámica de contragolpe (incluso desde una posición defensiva, como por ejemplo defender el gobierno y la democracia). En efecto toda organización de vocación revolucionaria deberá prepararse no solo ideológicamente para tal dinámica, sino también materialmente, a los fines de intervenir a través de la mayor movilización de masas y el uso legítimo de la violencia que contrarreste la ofensiva derechista y promueva la radicalización del gobierno popular. Por ello en esta hipótesis la centralidad del devenir de un gobierno como el que nos referimos, está en la lucha callejera externa al Estado y no en la gestión de la institucionalidad imperante.

(iii) La tercera estrategia se expresa en una matriz de pensamiento que habita principalmente en núcleos políticos limitados a fin de cuentas a ser un círculo de propaganda. Esta concepción supone que ante el agravamiento de la crisis social y económica, y por la dinámica de la revolución permanente, las masas desplazarán a las distintas fuerzas burguesas que no dan una respuesta de salida a la crisis, y en efecto, encuentran en el partido revolucionario una dirección histórica para iniciar el camino revolucionario. Tal ecuación implica que el viraje de las masas hacia la supuesta dirección revolucionaria es el devenir del agotamiento de la experiencia del pueblo con las variantes burguesas, pero también un reconocimiento a la izquierda por su “coherencia histórica” y previsor de todos los acontecimientos de la lucha de clases.

En síntesis, las tres estrategias gestadas en lo que supo ser el espacio de la nueva izquierda, están hoy a prueba ante los diferentes acontecimientos de la lucha política. Vale mencionar que la estrategia es siempre una aproximación, y no un modelo para armar según las preferencias subjetivas de las y los revolucionarios, quienes tienen en frente nada más y nada menos a un enemigo que utilizará todas sus armas para no perder su dominio político. Aun así, el ejercicio (no diletante) de la elaboración política al calor de la lucha de clases, es un avance significativo con respecto al punto de partida que parió a la nueva izquierda, y por ende la discusión abre reflexiones sobre las tácticas y tareas preparatorias en torno a: ¿Con qué medios y de qué modo luchamos para viabilizar la estrategia? ¿Para qué preparamos a nuestra militancia y nuestras organizaciones? ¿De qué manera van a desenvolverse los enfrentamientos de clase ante una escalada de los mismos? ¿Qué formas asumirá la agudización de la lucha? ¿Qué fisonomía tendrá la ruptura revolucionaria? ¿Cuál será la dinámica? ¿Qué ejes, instituciones, aliados, harán las veces de fortaleza para una lucha defensiva? Cada una de estas preguntas abre un universo de discusión no abordado durante años, y en consecuencia, el desafío de una generación militante de asumir estas disyuntivas a la altura de la circunstancia histórica, donde el dilema socialismo o la barbarie se presentan con total actualidad.

## Referencias

- Adamovsky, Ezequiel (2007). *Más allá de la vieja izquierda. Seis ensayos para un nuevo anticapitalismo.* Ciudad de Buenos Aires. Prometeo Libros.
- Henríquez, Sebastián (2013). “Hacia un debate estratégico para la nueva izquierda”. *Revista Batalla de Ideas* N° 4, noviembre 2013.
- Mazzeo, Miguel (2016) *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios.* Santiago de Chile. Editorial Quimantú.
- Mazzeo, Miguel (2014a). *Introducción al poder popular. “El sueño de una cosa” - 2a ed.* Santiago de Chile. Tiempo robado.
- Mazzeo, Miguel (2014b). *Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina.* Rosario, Argentina. Puño y Letra.
- Mazzeo, Miguel (2013) “La izquierda independiente argentina frente al desafío electoral”. *Revista Herramienta* [versión digital]. 17 de mayo de 2013.
- Mosquera, Martín (2012): “Hacia una alternativa política de nuevo tipo. Aportes para un debate estratégico”. Documento de debate interno de CAUCE UBA y COB La Brecha.
- Ogando, Martín (2011). “Nueva izquierda y disputa institucional. Una incitación a la incomodidad”. *Revista Batalla de Ideas* N°2. Noviembre 2011.
- Piva, Adrián. (2019). “Los límites de una estrategia contradictoria. La dinámica económico-política del kirchnerismo (2003-2015)”. En *Estados en disputa: auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina.* Hernán Ouviña; Mabel Cristina Thwaites Rey (comp.) 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. El Colectivo.
- Piva, Adrián (2021). “Contradicciones y límites de una estrategia”. *Revista Jacobin América Latina.* Número 2. Febrero 2021.
- Solanas, Pablo (2018). “La militancia en los tiempos de Darío y Maxi: nuestros errores, nuestra inexperiencia”. *Portal Resumen Latinoamericano.* Recuperado de: <https://urlshortner.org/AzGRt>
- Solanas, Pablo; Gómez, Joaquín; Orchani, Federico (2012) “¿Qué tipo de “herramienta política” para qué estrategia?” *Revista Batalla de Ideas.* No. 3, julio 2012.
- Traverso, Enzo (2020). “No hay futuro sin elaboración del pasado” Entrevista de Nicolás Allen y Martín Mosquera. *Revista Jacobin América Latina.* N°1. Primera austral 2002.
- Wahren, Juan (2012) “Acerca de otras incomodidades: profundizar la autonomía y el poder popular”. *Revista Batalla de Ideas.* No. 3, julio 2012.

